

»Y ¿aquesta gloria, que animaros puede,  
Trocais agora en miedo vergonzoso?  
Decidme, os ruego, ¿qué temor excede  
Aquel valor antiguo helicoso?  
Y si morir á Alfonso se concede,  
Aunque es la muerte término forzoso,  
¿Harán vuestros medrosos desconciertos,  
Perder los vivos y afrentar los muertos?»

»No dijo mas, y con feroz semblante  
A sus amigas armas se adelanta;  
Turbado corre al impetu arrogante  
El mar humilde, á quien su furia espanta.  
Mostraba en seco al mauritano Atlante  
Las conchas y algas de su inculta planta,  
Sin enlazar con invasion frecuente  
Saladas trenzas la escamada frente.

»Su infausta gente, que corrida escucha  
La torpe mengua, que su honor agravia,  
Vuelve y revuelve en la sangrienta lucha,  
Con fuerte brio y diligente rabia;  
Corriente nueva de la sangre mucha  
El mástil besa y la encumbrada gavia,  
Tiñendo, sin mezclarse, las arenas,  
Por no olvidar lo que debió á las venas.

»La fuerza busean y la industria dejan,  
Los gritos crecen, los alientos faltan,  
Al cielo llaman, del dolor se quejan,  
Los golpes hieren, y las tablas faltan;  
La furia siguen, del temor se alejan,  
Dudosos paran, con furor asaltan,  
Las iras braman, y las astas vibran,  
El aire turban, y en el mar se libran.

»Quién de los fuertes brazos y leales  
Contar los hechos atrevido trata,  
Contará los menudos arenales,  
En que el mudable reino se dilata,  
Del Tauro los extremos desiguales,  
Que el negro invierno coronó de plata,  
Las verdes plantas que en sus cumbres tiene,  
Y enraman las espaldas del Pirene.

»De esfuerzo inútil y dolor deshechos,  
Cuando las rudas armas no aprovechan,  
Ciegos del humo á los amigos pechos  
Las puntas mueven, y los arcos flechan;  
Los plomos, que arrojó el furor derechos,  
Por la turbada mano el fin desechan,  
Volviendo por desdicha ó por castigo  
Al tierno pecho del mayor amigo.

»El mismo tiempo llora la tragedia,  
Rindiéndose las armas españolas,  
Y viendo que su afrenta no remedia,  
El mar suspende las confusas olas;  
Ningun socorro en las desdichas media,  
Cansado al fin de lamentarse á solas;  
Así animado el hijo de Fernando,  
Turbado siente y dice suspirando:

»¿Cómo, piadoso padre? ¿Que es posible  
Que en ti se justifique la fortuna,  
Ministra del acuerdo mas terrible  
Que el tiempo con memorias importuna?  
Jamás fatal prodigio inaccesible  
El sol detuvo ni admiró la luna,  
Con tan justa razon, como le ofrece  
Llorar vencido el que vencer merece.

»¿Qué digo? Si tu justa providencia  
En semejantes casos se acredita,  
Mostrando en esta oculta diferencia  
Que en otra esfera la igualdad habita;  
Si vive en duro estrecho la clemencia,  
Cuando sangrientos robos ejercita  
La impiedad entre bárbaros tiranos,  
Con vil corona y vengativas manos;

»¿Quién duda que tu diestra en otra parte,  
Deshace estos agravios aparentes,  
Honde sus premios tu piedad reparte,  
Sin logro de ambiciones diligentes?  
Con esto rindes al injusto Marte,  
A quien libró de moros insolentes  
La tierra, que logrando su trabajo,  
El Ebro riega y fertiliza el Tajo.

»Con tu poder, del africano alarbe  
Domó la furia con victorias tantas,  
Que puso del Pirene hasta el Algarbe  
Su invicto brazo tus insignias santas,  
Y ¿agora que el imperio de Sobrarbe  
Pone en Italia vencedoras plantas,  
Consientes, para infamia de los godos,  
Que pierda yo lo que ganaron todos?»

»Ondas del mar, que de mi España triste,  
Servís de espejo á su postreros montes,  
Y á vuestra espuma el sol cuando los viste,  
Traslada sus dorados horizontes;  
Besad sus piés, y pues dolor sentiste,  
Hermosa luz, primero que tramontes,  
Siguiendo las pisadas de la aurora,  
Su llanto enjuga ó mi desdicha llora.»

Apenas forma en la escuchada boca  
El lorenés su postrimero acento,  
Cuando á tristeza y suspension provoca  
Lisauro á todos con turbado aliento,  
Ligada al rostro una manchada toca,  
El yelmo roto y el armés sangriento,  
Solo en la mano de la pica un trozo,  
Así les dice el desagrado mozo:

«Invicta Juana, príncipes angustos,  
Que en músicas, olores y comidas,  
Lisonjas dulces y apacibles gustos  
Perdeis los años, y engañais las vidas;  
Vestid aceros, y vibrad robustos  
Ñudosos astas, pues mirais perdidas  
Armas y honor, y que es del enemigo  
Despojo agora lo que fué castigo.

»El Quinto Alfonso, de Gaeta tiene  
Violenta posesion, libre y segura;  
Francesa sangre y ginovesa viene  
Pidiendo á vuestros brazos sepultura;  
Mayor ruina su furor previene  
Con mas estrago y militar soltura  
Que vió el troyano consumido en fuego  
Al parto de armas del engano griego.

»Arden los techos, que vestidos de oro  
Del rayo ardiente el resplandor imitan,  
Y en manos del incendio su tesoro  
A injustos dueños y á los propios quitan;  
Perdido el virginal sacro decoro  
Sus hijas miran, y llorando gritan  
Las tiernas madres, que en prision honesta  
Guardar pudieron lo que tanto cuesta.

»La esposa, á quien el tálamo apareja  
El viejo padre con igual consorte,  
Roba el soldado sin oír la queja,  
Y el justo llanto que su amor reporte;  
En la desierta casa apenas deja,  
Porque la vida al misero se acorte,  
Un vil descanso, una plebeya cama,  
Cuando otros bienes pródigo derrama.

»Los muros que á Gaeta tantas veces  
Librar pudieron de las rojas cruces,  
Huella su vulgo con los piés soeces,  
Y altivo pone victoriosas luces;  
Enrique, de listones y jaeces  
Cubriendo los caballos andaluces,  
Con mas colores á las cañas juega,  
Que vió en sus moros de Genil la vega.

»Vengad aquesta sangre avergonzada  
De ver la mucha que mi pecho encierra;  
Despierta, juventud, que desquidada  
Duermes al son de la insolente guerra;  
Si estas en sueño ocioso sepultada,  
Tiranos surcos romperán tu tierra,  
Serán tus campos con sus frutos varios  
De ajenos labradores tributarios.

La insana furia y el ardiente vino  
Las mesas derribaron por el suelo;  
Caminan todos sin hallar camino,  
Rompiendo ciegos el comun recelo.  
Parece en el furioso desatino  
Que sembró la discordia oculto dolo,  
Por llevar en sus pechos adelante  
Lo que empezó en el campo de Agramante.

Unos gritan Anjous, otros que viva  
Alfonso vencedor, otros que muera;  
Unos que en paz el reino le reciba;  
Otros de Francia siguen la bandera;  
El vulgo acusa á Coradin, que priva  
Con ambicion y astucia lisonjera,  
Y cuando en confusion todo se mueve,  
Ni á fiar ni á quejar Juana se atreve.

Con esta cisma y division confusa  
Su amigo bando cada cual esfuerza,  
Y unirse al otro con valor rehusa,  
No por temer que su verdad se tuerza.  
Anjous soberbio á Paradino acusa,  
Que no libró la combatida fuerza;  
El su verdad presenta por testigo,  
Que ha sido siempre su constante amigo.

El blando soplo de su aliento frío  
Sobre las blancas perlas desataba  
La fresca aurora, y con sutil rocío  
Las sonolientas flores despertaba;  
Las mudas aves, que el dormido río  
En grillos de sus árboles guardaba,  
Despiertan libres, cuando el aire atruena,  
Al arma, al arma, que en las calles suena.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

Fenisa triste y el valiente Ansherto,  
Venciendo el mar y vientos enojados,  
De Baya llegan al querido puerto,  
Y al piadoso Liseno encaminados  
Por un pastor, albergue en el desierto  
Hallaron, de su dueño regalados,  
Fenisa al huesped con su historia paga,  
Y huye de noche por buscar la Maga.

Descubre tierra con el nuevo día  
La nave, que en los brazos del Tirreno  
Surcaba el viento, y con igual porfia  
Besó medrosa el escondido seno;  
Dotaba el sol á la mañana fria  
Los verdes campos, cuando el mar sereno  
Mostró á Fenisa el fin de su camino,  
Y alegre puerto al combatido pino.

Quando el temido Ansherto le divisa,  
Y en frente mira la enemiga tierra,  
Le dice á la hermosísima Fenisa:  
«Esta es Italia, que á Gerardo encierra,  
El campo mismo, que soberbio pisa,  
Y en si le esconde de tan justa guerra,  
Hará que sea de mi espada el filo,  
Para el sepulcro lo que fué su asilo.

»Presto verá tu ausente fugitivo,  
Tu antiguo dueño, tu fugido amante,  
La furia deste brazo vengativo,  
Y á cuanto obliga una mujer constante;  
Mas no verá si de la vida privo  
El pecho, que vestido de diamante,  
Para vitoria ilustre de mi acero,  
Tu llanto y quejas resistió primero.

»¿Qué ¿no le opuso el inconstante lago  
Cancho escollo de corales rojos,  
Castigo justo del aleva pago  
Que robó á tu hermosura sus despojos?  
¿Hallaron siempre con igual estrago  
De tus divinos y serenos ojos  
En el tirano y blando movimiento  
El sol su afrenta, y el amor su asiento?»

»¿Qué ¿nunca despertaron su inelencencia  
Las dulces prendas de tu amargo lloro,  
Que pudo hacer su nave resistencia  
De tus lucientes hebras al tesoro?  
De las hinchadas olas la insolencia,  
Ni amó el respeto ni guardó el decoro;  
Tirano al fin que con fatal corona  
Sin fe castiga, y sin razon perdona.

»Oh ley por tantos siglos aprobada,  
Y en todos ciegamente recebida,  
Que nazca la hermosura desdichada,  
Y el daño se le infunda con la vida!  
Si es varonil y altiva, deseada,  
Si frágil y mudable, aborrecida;  
Inútil sombra, que la edad persigue,  
Que amada huye á quien dejada sigue.

»¿Qué razon, qué justicia, qué derecho  
Formó en un punto al hombre venturoso  
Montes de nieve en el ardiente pecho,  
Donde abrasó otro tiempo su reposo?  
Y á veces la flaqueza á su despecho  
Hace al ingrato dueño tan dichoso,  
Que amando agravia, que ofendido siente,  
Y burla entre prisiones insolente.

»Oh dura condicion de las mujeres,  
En quien los filos rompe el desengano,  
Y son sus inconstancias y placeres  
Principios necesarios de su daño!  
Y tú, olvidada hermosa, si quisieres  
Seguir los pasos del comun engaño,  
Gerardo viva, pues la espada entrega  
El que ofendido á su enemigo ruega.—

»Rogar Ansherto! con furor replica  
Fenisa, envuelta en vengativo fuego;  
«Mal haya el que su gusto sacrifica  
En viles aras con infame ruego!  
Tu invicto acero á mi venganza aplica,  
Y turbe de los aires el sosiego,  
Si á descubrir el pecho te dispones,  
Albergue de finezas y traiciones.

»Si ven mis ojos tan debido efeto,  
Y á tu rigor el corazon desnudo,  
Mostrando al mundo el intimo secreto  
En quien mi agravio fabricarse pudo,  
¿Qué inculto alarbe profanó el respeto,  
Sordo á las quejas y á su afecto mudo,  
Debido á un pecho que entre ofensas muere,  
Que ausente ruega y ofendido quiere?»

»Cuando de Italia el suelo me divise,  
Por verte de mi agravio lastimado,  
Haré en el punto que sus campos pise  
Ecos al monte y lágrimas al prado;  
Mas no daré medrosa que te avise  
El viento de mis quejas abrasado,  
Y en vez de ser de mi venganza tiros,  
Despierten su desenojo mis suspiros.

»Ondas del mar, lisonjas de la arena:  
Quando unas de otras le besais huyendo,  
Y armáis, turbando la quietud serena,  
Montañas de agua al viento obediendo;  
Así del soplo que animoso suena,  
Peñas, arenas y aguas dividiendo,  
No sientan vuestros campos el ruido:  
Llevadme al puerto que abrazais dormido.

No levantando espumas argentadas  
Ni abriendo el leño su ordinario curso,  
Y con las blancas velas amainadas  
La nave, terminaba su discurso,  
Cortan el mar las áncoras arpadas  
Con grita igual del popular concurso,  
Y en las arenas pardas que rompieron,  
Firmeza en su inconstancia descubrieron.

Recibe los alegres pasajeros  
De Baya el puerto, y la distancia breve  
Frecuentan los cansados marineros  
En un batel, que la ensenada mueve;  
Sus remos juegan con el mar ligeros,  
Y el prado azul se coronó de nieve,  
Y sobre la blancura amanecía  
Con rayos de oro de Fenisa el día.

Volvió la nave surta, y amarrada  
La aguda proa al peligroso viento,  
Quedando, aunque en los cabos aferrada,  
Expuesta á su inconstante movimiento;  
Y por mas que dormía la ensenada,  
Y el aire no era soplo, sino aliento,  
Ya por las peñas ó los ciezos frios  
Era estacion infiel á los navios.



»Gané el pecho, y engañé el alma,  
Creció el amor sin desmentir agravios,  
Y en viendo estar mi resistencia en calma,  
Salióse la vergüenza por los labios.  
Sacaron siempre merecida palma  
De orejas tiernas lisonjeros sabios;  
Besó los yerros en prision la vida,  
Quedando al mismo engaño agradecida.

»Fundóse mi desdicha en su palabra,  
Faltó de la verdad el fundamento,  
Que un loco amor sobre esperanzas labra  
Fingidos gustos, que se lleva el viento.  
Mandóme; ay triste! que las puertas abra;  
Halló seguro paso á mi aposento,  
Y entrar pudiera por las duras rejas,  
Rendidas á sus lágrimas y quejas.

»Aquella tarde recibí el Ocaso  
Primero al sol, que por mi mal se puso,  
Y dió la noche al desdichado caso  
Su negro manto, que mi mal dispuso;  
De estrellas claras por el campo raso  
El escuadrón luciente se compuso;  
Yo, amante nueva, y de placer coharde,  
Juzgaba entonces que salieron tarde.

»Al fin llegó de mi guardado lecho  
La injusta fuerza, que el honor resiste;  
Quedó de mi desdicha satisfecho,  
Yo muda, humilde, enamorada y triste.  
Apenas el cansancio á mi despecho  
Los tiernos ojos con el sueño embiste,  
Cuando dejó en el tálamo burlado  
Dormido el dueño, y el honor robado.

»Aun no despierta mi afición le llama;  
Tendi los brazos al ingrato ausente,  
Y amor, que por el lecho se derrama,  
Buscó las plumas, y á ninguno sienta.  
Volví á tentar, y descubri en la cama  
La hundida estampa que dejó caliente,  
Y en ella á mi flaqueza por testigo,  
Que entró con ruegos, y salió enemigo.

»Matarme quiso la importuna rabia,  
Juzgué á la muerte por inútil medio,  
Que donde no es castigo del que agravia,  
No sirve al ofendido de remedio.  
¿Qué mujer hubo desdichada y sabia!  
Sali sin mi, que del mortal asedio  
Librar apenas el aliento pude,  
Que al flaco pecho respirando acude.

»Sola, animosa, airada y descompuesta,  
Moviendo á compasión de mi trabajo,  
Los duros montes por la antigua cuesta  
Bajé á los campos que divide el Tajo.  
Mostró la luna á mi lamento presta  
La hermosa cara, que del monte abajo  
Con breve curso despeñada vino,  
Movida de mi justo desatino.

»Corrientes puras de cristal, decía,  
Soberbias penas, que os mirais en ellas,  
Noche enemiga, rigurosa y fría,  
Obscuras sombras, lúcidas estrellas;  
Volvedme la querida compañía,  
O al son de mis suspiros y querellas,  
Ayudad de los pájaros la salva,  
Aires del Tajo, que llamais el alba.

»Culpados en mis locos desengaños,  
Ninguno de vosotros me responde;  
La noche que compuso sus engaños,  
Y muda agora al fugitivo esconde,  
Las sombras, compitiendo con mis daños  
Las sordas aguas y las penas, donde  
Llorar le vi, las luces celestiales,  
Que alegres vieron mis llorados males.

»Callé, porque las aves me volvan  
A mis llorosos techos con presteza,  
Que al dueño sin ventura recibian  
Con triste luto y funeral tristeza.  
La fama y la vergüenza resistian  
En mi dolor la mujer flaqueza,  
Y viéndolas del seso vencedoras,  
Pasé los días, y engané las horas.

»Oí, después que el hijo de Fernando  
Pasaba armado á la menor Hesperia,  
A su inconstante reina amenazando,  
Con justas armas capital miseria.  
Dejé mi casa y padres, lamentando  
De mi desdicha la infeliz materia.  
Tragedia de su honor, que represento  
Agora triste, que mi agravio cuento.

»El miedo cierto, que jamás se engaña,  
Instó cruel, tiranizando el gusto,  
Que estaba con Alfonso en la campaña,  
Mi ausente dueño, mi tirano injusto.  
Llegué con esto á lo mejor de España,  
Lisonja y gloria del piadoso Augusto,  
Y el Ebro manso entre sus brazos goza  
Los campos de la antigua Zaragoza.

»En ella supe que Gerardo aprieta,  
De Jaca y Huesca, á Barcelona trujo  
Gran número de gente montañesa,  
Que á su gobierno militar condujo.  
Mi amor los altos montes atraviesa,  
Y á tal congoja y pena me redujo,  
Que el vuelo de mi loco pensamiento  
Seguí sin alas afrentando el viento.

»Llegué de Barcelona á la marina;  
La armada vi, que la inconstancia loca  
Domaba, cuando el viento la encamina,  
Y el mar tratable con los remos toca.  
Pedi, llorando, al cielo su ruina,  
Y en la cerviz exenta de una roca  
Di voces, y miraba en sus navios  
Hinchar las velas los suspiros míos.

»Estaba el mudo viento detenido,  
Y el mar sereno en su quietud perplejo,  
Sin dar ninguno acuerdo á mi sentido,  
Al mal remedio y al furor consejo.  
Con natural piedad enternecido  
De las constantes penas el reflejo,  
Volvia entre las ondas quebrantada  
La imagen triste de mi voz cansada.

»Llamé con el vestido y con la mano  
La errante casa, que las aguas corta;  
Lloré sin fruto, querelléme en vano,  
Que poco el ruego sin ventura importa;  
Lanzóme al agua mi furor insano,  
Y el vulgo atento con piedad reporta  
Mi loco exceso, y en su mal divisa  
La desdichada suerte de Fenisa.

»A casa de Filena me llevaron,  
De Ansberto hermana, generosa dama,  
En quien de Claromonte eternizaron  
Beldad, virtud y honor la antigua fama.  
Los moros de Isajuar le cautivaron  
Su hermano fiel, que mi venganza inflama,  
El mas valiente y singular guerrero  
Que en el cristal de Darro vió su acero.

»En muchos días que aguardé pasaje,  
Libre volví de la prision á Muza  
Ansberto invicto, á quien conté mi ultraje,  
Y en una fuerte nave de Arragniza,  
Dejamos de su casa el hospedaje;  
Trabóse no pensada escaramuza  
Entre enemigos vientos, y á porfía  
Cerraba el mar los términos al día.

»Por ver mi honor de su traición vengado,  
Sufrí la injuria del contrario cielo;  
Tomó en Italia puerto mi cuidado,  
Pisé de Baya el agradable suelo.  
Al pié de un tronco estéril y abrasado  
Hallé un pastor, que con piadoso celo  
Aquí me trujo, donde cuento agora,  
O triste digo lo que el alma llora.—

»No digas mas, que si vengarte puedo,  
Dijo Lisenó, volveré á la guerra,  
Que en poco estimo la ofension y el miedo  
Del último hospedaje de la tierra.  
Perdona, Ansberto, si obligado excedo,  
Que el justo fuego que mi pecho encierra  
Ha puesto un breve y lícito embarazo  
Al rayo vengativo de tu brazo.

»Sabrás, Fenisa, que Gerardo aleva  
En otros brazos por tu mal reposa,  
Gozando Laura lo que á ti se debe,  
Y está con tus desdichas venturosa.  
Cautiva libre al corazón se atreve  
Del preso dueño de su vista hermosa,  
Trocando los rendidos corazones  
Para mas cautiverio las prisiones.

»Confieso que pudiera justamente  
Callar agora lo que siento y digo,  
Mas la verdad forzosa no consiente  
Que en nada falte su piedad contigo.  
Si acaso inadvertida, de repente  
Te hallara el nuevo amor de tu enemigo,  
De ti ¿qué fuera? pues la incauta vida  
Se pierde amenazada y prevenida.

»Deja á Gerardo, sus engaños deja,  
Su trato doble y proceder injusto,  
Que nunca pudo la inocente queja  
Forzar el pecho ni obligar el gusto.  
No sigas mas al que de ti se aleja,  
Si puede hacer tu corazón robusto,  
Armado contra el brazo del agravio,  
Que el pecho sufra y que enmudezca el labio.

»Ansberto, generoso caballero,  
Bella española, tu rigor obliga;  
Cortés y amante desnudo el acero,  
Y amor le fuerza que tus pasos siga.  
No es su dolor afecto lisonjero,  
Que ocioso espera que la lengua diga  
Que es grande amor, si escapa de locura,  
Si la vida por otro se aventura.

»Esta verdad, que sin ficciones vanas,  
Sin matices retóricos fingidos  
Muestran del alma las acciones sanas,  
Sirviendo de palabras los sentidos,  
Obliga la observancia de mis canas,  
Mas que suspiros tiernos y gemidos,  
Que tu piedad benigna solicite,  
Y sus afectos tiernos acredite.

»Tú misma reconoces la ventaja  
De Ansberto á sus opuestos capitanes,  
Pues libras del agravio que te ultraja  
La pena en sus aceros catalanes.  
Tu engaño ciego con valor ataja,  
Y no con tema y liviandad profanes  
El amor, la elección y la pureza,  
Que no consenten mujeril flaqueza.»

»Efectos diferentes en un punto  
Causó Lisenó con la oculta nieve;  
De Ansberto el pecho, de dolor trasunto,  
Con verdes esperanzas se renueva.  
Dejó á Fenisa el corazón difunto  
La injusta flecha de tan dura prueba,  
Y al fin le dice entre importunos daños:  
«Confieso de Gerardo los engaños.

»De Ansberto la piedad, el fiel decoro,  
La justa obligación que representas,  
Su fe conozco, mi desdicha lloro,  
En él se alientan mi dolor y afrentas.  
Si agora digo que su vista adoro,  
Movida del suceso que me cuentas,  
Recela cauteloso las ruinas  
De ofertas y saludes repentinas.

»Permite al tiempo ejercitar su oficio,  
Que muros rompe y en peñascos labra;  
Será posible que á su amor propicio  
Dulce hospedaje entre asperezas abra.  
Y no es, Ansberto, tan dudoso indicio  
De alguna fe, si ofrezco la palabra  
De partirles el campo, que desea,  
Si tu verdad con su traición pelea.—

»Segura tengo la feliz vitoria,  
Ansberto le responde, que procuro,  
Y dar la vida por tan alta gloria,  
Por tu hermosura y mi firmeza juro.  
Sugeto digno de inmortal historia  
Seré, Fenisa hermosa, si aseguro  
Mi dicha, aqueños ojos su venganza,  
Y muere entre tus brazos mi esperanza.

»Dichosa fué de España mi partida,  
Y alegre el movimiento de mi nave,  
Del fiero mar la furia embravecida,  
La voz del viento plácida y suave.  
Tu vil amante perderá la vida,  
Y aunque á pesar de mi piedad se acabe,  
Daré á la causa que me trujo á verte  
Castigo justo en la forzada muerte.»

No dijo mas, porque el cortés Hesperio  
Aun esto quiere que á su amor se deba,  
Pues con debido alegre ministerio  
A cada cual á su aposento lleva.  
Cansado el sol de visitar su imperio,  
Fatiga y pasos en el mar renueva,  
Y escondiendo su rostro al horizonte,  
Vistió la frente del vecino monte.

»Después se entrejuyeron y cenaron  
Con dulce risa y agradable fiesta,  
Lo mas de las tinieblas dilataron  
La cena, mas sabrosa que compuesta.  
En plumas y algodones reposaron,  
Y no en delicias de labor molesta,  
Ni en blanca holanda, que á soberbios grandes  
Tejió sin manos la ambición de Flandes.

»El pecho de Fenisa, que lastima,  
Robado el sueño de temores halla;  
Su honor la rinde, y el honor la anima,  
La injuria grita, y el engaño calla.  
No sufre amor que reposando imprima  
En el funesto campo de batalla  
La bella estampa, y presurosa fuego  
Libró las plumas de su ardiente fuego.

»Salió del lecho, y á un zagal dormido  
Al resplandor escaso que arrojaba  
Un leño entre cenizas escondido,  
Que envuelto en humo á veces alumbraba,  
Llegó callando, sin hacer ruido;  
Tocóle, y él pensó que le llamaba  
Otro pastor, y con gruesa mano  
Asió á Fenisa el rustico villano.

»Y al rayo de la luna despertando,  
Que á pesar del silencio y de la puerta  
Por un resquecio breve penetrando,  
Con la funesta lumbré se concierta,  
Vióla sus blancas hebras afrentando,  
Y verla apenas de temor acierta;  
Ella con ruegos su demanda apoya,  
Y á su cudicia le entregó una joya.

»El incapaz ministro dificulta,  
O fué consejo del pesado sueño,  
El dar ayuda á la jornada oculta,  
O justo mledo de su anciano dueño.  
Y viendo la ganancia que resulta,  
Presto, sagaz, pacífico y risueño  
Sacó el caballo, previniendo en torno  
El ronco quicio con infiel soborno.

»La hermosa luna, dilatada y llena,  
A entrambos encamina y acompaña,  
A ver de Italia la fatal sirena  
Que el seso aduerme y el discurso engaña.  
Una criada antigua de Filena  
Le dijo al tiempo que partió de España  
Que sola Alcimedonta con su encanto  
Dará remedio al importuno llanto.

»Entre estos amorosos desvarios,  
Que el cierto daño con piedad encubren,  
Ni el mudo sueño ni los aires frios  
El fuego templan, y el engaño cubren,  
Cuando los montes pardos y sombríos  
Del sol los rayos sin salir descubren,  
Y alegre el alba entre las flores bellas  
Despide las inútiles estrellas.

»Dejó la cama sin dormir despierto,  
Oyendo que saludan los pastores  
El nuevo día con igual concierto  
Las dulces flautas, resonando amores;  
Buscó á Fenisa el desdichado Ansberto,  
Miró la casa, fatigó las flores,  
Llamó los montes, ablandó las penas,  
Y á todos daba de su ingrata señas.

